

Ésta, pálida, pero serena como el que llega á su fin, salvando un riesgo de muerte, miró á todos como invocando su testimonio, y sin levantar la cabeza firmó uno después de otro los tres pergaminos.



XV

L 29 de Julio de 1597, cuatro días después de la escena que hemos descrito, coronaron los Lores solemnemente al Rey niño Jacobo VI, que contaba entonces trece meses. Verificóse la ceremonia con grande pompa y magnificencia en la iglesia alta de Stirling, profanada ya por los herejes y dedicada al culto presbiteriano. El Conde de Mar llevaba al real niño en los brazos: Glencairn iba delante con la espada, Morton con el cetro, y el Conde de Athol llevaba la corona real, adornada con el simbólico cardo de Escocia. Leyóse primero el acta de abdicación de la Reina, y los Lores Lindsay y Ruthwen atestiguaron y juraron con la mayor impudencia, que la abdicación había sido firmada ante ellos libre y voluntariamente.

El Conde de Morton cometió á continuación otra iniquidad aún más negra que la precedente. Con la mano sobre los Evangelios juró en nombre del Rey niño, inocente ángel bautizado por sus padres en la religión católica, guardar las leyes del reino y *mantener la Iglesia presbiteriana de Escocia, única verdadera, suprimiendo todo lo que le fuese contrario*. Puso después el Obispo hereje de Orkney la corona sobre la cabeza del niño, y los Lores le juraron fidelidad, tocándole la frente con la mano derecha. El fanático Knox inauguró entonces el reinado de aquel desdichado Príncipe con un violento sermón, en que derramó toda la hiel de su fanatismo político y religioso y de su odio sectario á la Reina.

Coronado ya el Rey, pudo ser proclamado Regente el bastardo Murray, como lo fué en efecto el 19 de Agosto en la Cruz de Edimburgo. Tomó aquel mismo día posesión del cargo en la Tolbooth, prestando públicamente el siguiente juramento, dispuesto y redactado por Knox en persona.

«Yo, Jacobo, Conde de Murray, Lord Alberneith, prometo lealmente delante de mi eterno Dios, que desde este día y en todo el curso de mi vida le serviré con todo mi poder, según lo que manda su santísima palabra, revelada y

contenida en el Nuevo y Antiguo Testamento, y prometo también mantener según estas mismas enseñanzas la verdadera religión de Jesucristo, por la predicación y administración de sus Sacramentos, tal como se ha establecido y practicado nuevamente en el reino, dejando abolida y desautorizada la falsa religión. Prometo conducir al pueblo confiado á mi cargo durante la minoría del Rey, mi soberano, según los mandamientos de la ley de Dios y las leyes y constituciones de este reino, sin faltar jamás á la palabra de mi eterno Dios, y procurando á su Iglesia y á todo el pueblo cristiano una verdadera y perfecta paz en todo el tiempo que va á seguirse. Prometo perseguir y reprimir la opresión en todos los estados y jerarquías, y velar porque se administre justicia á toda criatura sin excepción, á fin de que el Señor y Padre de las misericordias sea misericordioso conmigo. Prometo desterrar del reino á todos los herejes y enemigos de la palabra de Dios y á cualquiera que resulte enemigo de su Iglesia. Todo lo cual juro solemnemente, con mi más solemne juramento».

Dicho esto, los circunstantes todos cayeron de rodillas, y para colmo de irrisión de todo lo divino y de todo lo humano, entonaron el salmo: *Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt*

corde! ¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!

Así se consumó la revolución política y religiosa en Escocia, y así vió el bastardo Murray colmadas sus ambiciones, si es que se limitaban éstas al ejercicio del poder real, y no, como aseguran muchos, á la corona misma. De ser esto verdad, débil obstáculo eran para él los derechos de un niño, y los hubiera allanado de seguro á no detenerle la muerte en su carrera de crímenes y de alevosías.

Mientras tanto, algunos Lores fieles siempre á María, y algunos otros que disgustados de las violencias de los rebeldes se les habían separado, habíanse reunido en Dumbarton, y reanimando el ánimo abatido de los católicos del reino, todavía numerosos, proyectaron libertar á la Reina y restablecerla en su trono. Los primeros resultados de esta liga de Dumbarton fueron perjudiciales para María, pues alarmado el Regente, hizo redoblar las precauciones de que rodeaba á su prisionera, á fin de impedirle toda comunicación con sus partidarios y también con las cortes extranjeras, que se negaban á reconocer su atentado revolucionario.

Pudo, sin embargo, la Reina á fines de Marzo entenderse con un noble caballero que llamaban Juan Beton, y enviarle á Francia con ins-

trucciones secretas y cartas para Carlos IX, Catalina de Médicis y los Guisa. Era este Juan Beton hermano del Arzobispo de Glasgow, Embajador de María en Francia, y también llevaba para él la siguiente carta, en que pinta ligeramente la Reina las penalidades y rigores por que estaba pasando:

«*De Lochleven.*—Monsieur de Glasgow: Vuestro hermano os enterará de mi triste situación, y os suplico que le presentéis á él y á sus cartas, solicitando lo que podáis en favor mío. Él os dirá el resto, porque yo no tengo papel ni tiempo para escribir más, como no sea rogar al Rey, á la Reina y á mis tíos que quemem mis cartas; porque si se sabe que he escrito, costará la vida á muchos y pondrá la mía en peligro y me harán guardar más estrechamente. ¡Dios os tenga en su guarda y me dé paciencia!—De mi prisión, hoy último de Marzo.—Vuestra antigua señora y buena amiga, *María*, Reina, ahora prisionera»¹⁷.

No se dormían mientras tanto los partidarios de la Reina, y á mediados de Marzo concertaron un plan de evasión, ayudados por la persona que menos podían sospechar el Regente Murray y la castellana de Lochleven: era éste el mismo Jorge Douglás. No pudo aquel generoso joven ver tan de cerca los sufrimientos de

María sin sentirse hondamente compadecido, y la horrible escena de la abdicación que presenciara él mismo acabó de hacerle patente el papel inicuo que á él y á todos los suyos hacía desempeñar su hermano bastardo Murray. Movidó por estas razones y por los impulsos de su corazón bueno y recto, y quizá también por la especie de mágico encanto que ejercía la hermosura de la Reina sobre cuantos de cerca la trataban, arrojóse un día á sus pies pidiéndola perdón de sus pasados errores, y ofrecióle de allí en adelante su espada, su hacienda y su vida.

Púsose bien pronto Jorge Douglás en comunicación con los amigos de la Reina, y éstos comenzaron á situar con el mayor sigilo por los alrededores de Kinross cuanta gente era necesaria para proteger la fuga de la prisionera. El plan de evasión fraguáronlo entre esta misma y Jorge Douglás, de acuerdo con una lavandera de Kinross que servía en Lochleven, llamada Meg, mujer católica y muy adicta á Jorge, de quien había recibido grandes beneficios.

Comenzó la Reina desde muchos días antes del señalado para la fuga, á quedarse en cama hasta muy entrada la mañana, para acostumar á las gentes del castillo á estas ausencias matinales. El día 25 de Abril llegó muy temprano Meg la lavandera, como tenía de costumbre, y

la Reina, que era sobre poco más ó menos de su misma estatura, púsose su traje, envolvióse muy bien en su plaid, cargóse un lío de ropas, y con la mayor audacia y fortuna salió sola del castillo y llegó al embarcadero para pasar á la otra orilla del lago, donde la esperaba Jorge Douglás con dos de sus amigos.

Embarcóse en la lancha ordinaria que hacía este pasaje con dos remeros, y cuando ya se hallaba en mitad del lago, á igual distancia del castillo que representaba la prisión y la muerte, que de la otra risueña orilla en que se hallaban para ella la libertad y la vida, echóse á reír uno de aquellos hombres y dijo á su compañero:

—Veamos qué cara tiene esta hembra que llevamos.

Y al mismo tiempo extendió la mano para apartarle del rostro el plaid: levantó vivamente la Reina las suyas para impedirselo, y al fijarse aquel hombre en la blancura y belleza de aquellas manos verdaderamente reales, sospechó al punto quién pudiera ser la incógnita lavandera, y así se lo dijo con grande turbación, pero con mucho respeto.

La Reina, sin turbarse en lo más mínimo, mandóles entonces, bajo pena de muerte, que la llevasen á la otra orilla del lago. Mas los dos marineros, temiendo más la venganza de Lady

Douglás que las amenazas de aquella pobre Reina disfrazada y fugitiva, bogaron de nuevo hacia el castillo, sin que pudiese recabar de ellos otra cosa, sino la promesa formal de que no darían parte de su fuga hasta que la pobre lavandera Meg estuviese fuera del alcance de las iras de la castellana.

Esta fracasada intentona, que consta tal como la referimos en una carta del Embajador inglés Drury al ministro Cecil, trajo fatales consecuencias; pues descubierto Jorge Douglás y perseguido por su madre y por su hermano, tuvo que huir para siempre del castillo de sus mayores. Mas no se desanimó el valiente mozo, y oculto siempre en las cercanías de Kinross con algunos parciales de la Reina, todavía halló medio de hacer llegar á manos de ésta un billete en que la rogaba que no lo diese todo por perdido; que estuviese siempre preparada para la fuga, y que se fiase por completo de la persona que la dijese en secreto una sola vez, ó cantase desde lejos tres veces seguidas estos dos primeros versos de una balada de los antiguos bardos de su familia:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!



XVI

FRACASADA esta intentona de evasión y arrojado Jorge Douglás del castillo, comenzó á decaer el ánimo esforzado de la Reina hasta el punto de creerse ya condenada á vivir y morir de muerte más ó menos natural y prematura entre los muros de Lochleven. No cesaban, sin embargo, sus parciales, ocultos siempre en las cercanías, de consolar su ánimo con las señales de luces y fogatas que, ora desde la aldea de Kinross, ora desde la falda de la montaña, la hacían á cada paso, para probarla su vigilancia y tenerla siempre prevenida.

Y sucedió que, estando un día bordando la Reina con sus damas junto á la ventana del estrado, oyeron de repente en el jardín una

delicada vocecilla de niño, que cantaba pausadamente:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Quedáronse suspensas las tres mujeres, pálidas y sobrecogidas, mirándose entre sí en el mayor silencio. Á poco volvió á sonar la vocecilla en el jardín, con la misma pausa y cadencia:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Asomóse entonces María Seaton á la ventana, á una señal de la Reina, y vió á Douglitas, el pajecillo de Lady Douglás, sentado gravemente en el suelo al pie de la torre, armando con la mayor atención una trampa para cazar pájaros. En el mismo momento volvió á repetir Douglitas por la tercera vez:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Bajó entonces la Reina al jardín con María Seaton y Lady Fleming, á fin de hacerse encontradizas con el muchacho; mas éste, armada ya su trampa, retiróse con la mayor indiferencia, sin que pareciese haber reparado siquiera en la presencia de las damas.

Sucedía esto muy á fines de Abril, y pocas

esperanzas debió cifrar la Reina en las canciones y esfuerzos de Douglitas, cuando el 1.º de Mayo escribía á Catalina de Médicis la siguiente carta, que probablemente debió llevar á Francia Juan Beton en un segundo viaje:

«*De Lochleven, á 1.º de Mayo de 1568.*— Señora: Con motivo de escribir al Rey vuestro hijo, os envío ese mensajero que os hablará más largo; pues yo estoy vigilada tan de cerca, que no tengo ocasión de escribir sino cuando mis guardianes comen, ó mientras duermen, volviéndome á levantar yo; pues tienen mujeres que duermen junto á mí. El mensajero os lo dirá todo, y yo os suplico que le deis crédito y que le recompenséis á él y al que os presentará, por amor mío. Os suplico también que tengáis los dos piedad de mí, porque si no me sacáis de aquí por fuerza, no saldré jamás.—*María, Reina*»¹⁸.

Y sin embargo nunca estuvo la Reina más cerca de su libertad, que lo estaba en aquel momento. En la mañana del 2 de Mayo resonó otra vez al pie de la torre la canción de Douglitas. Asomóse María Seaton á la ventana y vió como la otra vez al pajecillo, sentado en el suelo armando su trampa. Parecióle, sin embargo, que mientras el muchacho ahondaba con una mano el hoyo, escribía con la otra en la arena algunas

palabras que luego borraba. Bajó entonces rápidamente por la escalerilla de caracol que daba al jardín y asomóse á una estrecha saetera que la iluminaba y desde la cual podía distinguir lo que Douglitas escribía, si escribía algo, y aun hablarle también si éra necesario.

Tosió ligeramente la Seaton para llamar la atención del muchacho, y éste, canturreando muy bajo la canción de Douglás y sin volver la cabeza, comenzó á escribir con un palito en la tierra grandes letras, que borraba una á una á medida que las iba escribiendo. Seguías las ávidamente María Seaton con la vista, y uniéndolas con la imaginación dieron por resultado el siguiente aviso: *Estén dispuestas esta noche á las nueve. No abráis mientras no digan desde fuera la contraseña.*

Y al terminar esta última palabra, púsose de pie Douglitas dejando armada su trampa, y se alejó sin volver la cara, cantando los significativos versos de la antigua balada:

¡Oh Douglás, Douglás,
Bueno y fiel!

Grande fué la agitación de la Reina al saber la portentosa nueva, y mayor todavía su perplejidad al discutir durante el día con sus damas las cualidades de Douglitas, y hasta qué punto

sería ó no prudente fiarse para tamaña empresa de tan ruin caballero. Ninguna de ellas dejó sin embargo de disponerse para la fuga, y pronto quedó preparado y oculto en la recámara de la Reina todo el equipaje de ésta: un ligero hatillo de ropa y el cofrecito que contenía sus joyas.

Al anoecer renacieron sus esperanzas, porque no bien oscureció del todo comenzaron á brillar así en la colina de Kinross como en el lado opuesto de la montaña, todas las luces y fogatas que servían de señales. Y con tal insistencia movíanse y brillaban, que no parecían sino querer advertir á la Reina que estuviese alerta aquella noche para recibir el auxilio de sus amigos.

Al toque de queda, que era también el de la cena de la Reina, entró la castellana de Lochleven con toda la imponente majestad de su eterno verdugado de terciopelo y su enorme cabezón de encajes, precediendo á la cena y dispuesta á desempeñar el oficio de maestresala en lugar de su hijo Guillermo, ausente aquel día en Edimburgo. Cató la vieja Lady los manjares uno á uno, y la Reina, para disimular mejor, dirigióla contra su costumbre algunas palabras de agrado y cortesía. Entró en esto un mayordomo que llamaban Randal, y entregó á Lady Douglás en propia mano las llaves del castillo,

ensartadas en una correa, como era su costumbre y su obligación todas las noches al toque de queda.

Hizo entonces la castellana una profunda reverencia á la Reina, y salió llevándose aquel precioso tesoro de las llaves con grande inquietud de las pobres prisioneras, que no acertaban á comprender cómo podría Douglitas arrancarlas de sus apretadas garras. Cerró al punto María Seaton la puerta, y ya no pensaron en otra cosa ni la Reina ni sus damas, sino en vestirse sus trajes de viaje y esperar en la más inquieta zozobra la señal convenida.

Serían entonces las ocho y media.



XVII



MIENTRAS tanto, ponía Douglitas en práctica el plan que su gran corazón y su prudencia de hombre habían maduramente meditado.

Tenía visto el pajecillo que todas las noches entraba Randal en la cámara de Lady Douglás al toque de queda, y la hacía entrega de las llaves del castillo. Colocábalas la castellana en un lugar secreto, pero abierto, que el paje conocía, y dirigíase luego al gran comedor para cenar, según la rancia usanza, con toda su servidumbre.

Imaginó, pues, Douglitas coger las llaves de la cámara de Lady Douglás mientras ésta cenaba, y aprovechando la falta de vigilancia que en aquella hora reinaba en el castillo, por hallarse toda la servidumbre á la mesa, sacar á la